

ANFE: en misión por el mundo

*“Jesús le dijo: Suéltame, que aún no he subido al Padre;
anda y di a mis hermanos que me voy con mi Padre y vuestro Padre,
con mi Dios y vuestro Dios.
María Magdalena fue a decir a los discípulos que había visto al Señor
Y a anunciarles lo que él le había dicho” (Jn 20, 17-18).*

Llamada por su nombre, se volvió; María Magdalena no respondió, reconoció a su Maestro: la Iglesia ha encontrado a su Esposo. Pero todavía no ha llegado el momento de gozar de modo permanente la presencia del Resucitado. Jesús no es sólo de María, no es ya “su” Maestro. “Suéltame”: no se lo puede quedar para ella, debe llevarlo al mundo para que se complete su misión de Hijo de Dios.

En una sola frase, densa, llena de significados, está incluido el mandato de Cristo para María Magdalena, y con ella para toda la Iglesia. María ya no tiene los ojos fijos en el sepulcro, en sus miedos, en la fría roca; se ha vuelto hacia Jesús. El corazón por sí solo no podía creer, ni siquiera a los ángeles, ha sido necesario el encuentro con la persona de Cristo resucitado para despertarla de su dolor. Los ojos del Maestro la miran, llenos de amor.

“*Ve*”, no te detengas, no permanezcas aquí delante de mí, porque el amor de Dios pasa por los hermanos, es todo uno. *No quieras, María, intentar pararme, tenerme celosamente en tu corazón* -le diría Jesús-. *Marcha deprisa, no te quedes parada, no pierdas tiempo...* ¿Cómo no sentir hoy para nosotras estas mismas palabras de Jesús? No podemos quedarnos paradas, contemplando o lamentando la tragedia vivida... ¡El mundo necesita de Dios! ¿Cómo quedarnos insensibles?

“... *a mis hermanos*”. A las ovejas del Buen Pastor ¡a sus amigos! Después de la cruz se convierten en hermanos... es un nuevo sentimiento: somos en Él.

“*Y diles*”. María Magdalena no puede quedarse en silencio, tiene un encargo importante, -¡fundamental!-: es portavoz de la Resurrección.

“*Voy al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro*”. Dios es Padre, padre mío y padre de cada persona, es un padre que ama tiernamente, un padre que no abandona a nadie, que está siempre a la búsqueda, aún de los más lejanos, es un padre que solamente pide que le abran la puerta. Anunciar la resurrección, como María, es portar una palabra de esperanza que brota de la fuente del amor mismo. ¡Dios está con nosotros! Con todos los que responden a su llamada, los que caen y se levantan mil veces y no abandonan el camino, los que se dejan encontrar para luego correr hacia los hermanos y anunciar con toda valentía de dónde procede la fuerza del amor.

El testimonio es sencillo: comunicar lo mismo que experimentamos en cada encuentro personal con el Señor. No se trata de teorías, sino de vivir como adoradoras

de noche y testigos en el día. Con tus palabras y tu vida podrás ser “*colaboradora de la alegría*” (cf 2CIR 1, 24), ayudar a las personas a sentirse hijos amados de Dios, para dejar así que brote del corazón la felicidad verdadera. Cuando la vida es un don, solo se realiza plenamente cuando se da a los hermanos. Ese es nuestro camino, el itinerario de la propia Iglesia.

Anunciar a Jesucristo sólo puede dar paz. Sabemos que haremos lo que podamos, a la medida de nuestras fuerzas: nuestros esfuerzos individuales no cambiarán la sociedad completamente, pero tendremos la paz y seguridad de haber realizado con nuestra vida aquello que Dios nos pedía.

Tonino Bello fue un obispo italiano, fallecido en 1993 de cáncer. Días antes de morir escribía a sus sacerdotes: “Os exhorto, mañana no os entristezcáis por ninguna amargura de vuestra casa o por cualquier otra. No entristezcáis vuestra vida. ‘Ante el Resucitado hay que estar en pie’, decían los Padres de la Iglesia... No vamos hacia un final desconocido, sino que regresamos al comienzo. Por tanto ¡gozad! Que el Señor os haga felices en el corazón, vuestras amistades sean sinceras. No cambiéis nunca la honestidad *por un puñado de lentejas*. Quisiera deciros muchas cosas, sobre todo quisiera desearos la paz de la tarde, esa paz que sentía en un tiempo cuando uno se retiraba junto al hogar. La paz de la tarde, la que podemos sentir también ahora si reducimos un poco nuestros compromisos tan vertiginosos, nuestras carreras tan afanosas. ¡Ánimo! Amad a Jesucristo, amadlo con todo el corazón, tomad en vuestras manos el Evangelio y amad a los pobres. Amad a los pobres porque de ellos viene la salvación.”

El anuncio de María Magdalena ha cambiado -poco a poco, siglo a siglo- el mundo: es un mensaje de amor fruto del encuentro con el Resucitado. Es un amor desbordado, que no podemos retener en nuestro corazón y que necesita del anuncio. María corre a contar, a dar testimonio de la experiencia de la luz que ha vencido las tinieblas. No importa si no la creen, debe hablar.

Ahora más que nunca es necesario ese mismo coraje apostólico para poder anunciar que nuestro Padre es Padre también del otro... ¡que hay un Dios que nos ama! Y nuestra vida se convertirá en un don para los demás, porque ha sido transformada por la fuerza de la Resurrección de Cristo. Es llenar de una nueva luz cada rincón de este mundo nuestro, sin dejarnos vencer por desánimos, cansancios, edades o achaques... ¿no puede más su Amor que mi debilidad!?

“A tus muros los llamarás salvación,
y a tus puertas alabanza.
Ya no será tu luz el sol durante el día
ni la claridad de la luna te alumbrará,
pues el Señor será tu luz eterna,
y tu Dios, tu esplendor.
No se pondrá jamás tu sol
ni menguará tu luna,
porque el Señor será tu luz eterna.”

(Is. 60, 18-20).